

¶ Cuando el gran indígena se reunió al general Álvarez, durante la revolución iniciada en Ayutla, ya era un completo emancipado; del estudiante Méndez, que fué su iniciador en las ideas nuevas, al reformador Ocampo, la evolución había sido lenta, pero constante. ¿Cristiano? Probablemente no dejó de serlo nunca; en su raza, primero vencida, luego forzosamente oprimida, y al fin comprimida en una tutela que la mantuvo en el estado de infancia de que trabajosamente va saliendo y saldrá en la escuela, su redentora suprema; en su raza, era congénita la necesidad de creer en un juez infaliblemente justo que estuviese por encima de los jueces de la tierra, y sólo la religión del Cristo le ofrecía la plena satisfacción de esta necesidad fundamental en el espíritu del indígena después de la conquista: la de que sus explotadores fueran implacablemente castigados.

¶ Cristiano, sí, pero independiente ya de toda sumisión á la Iglesia, que intentaba mantener con la desigualdad ante la ley, es decir con LOS FUEROS, una preponderancia que imposibilitaba el advenimiento del poder civil.

¶ Al día siguiente de la caída de Santa Anna, los triunfadores se encontraron con un caos político y administrativo en torno suyo; para hacer en este caos la luz, se necesitaba recoger con mano firme el gobierno, hacerlo sentir en la República entera y esperar el gran FIAT del partido liberal, que, organizado en Congreso, promulgaba una Constitución, la Constitución definitiva, la que, efectivamente, por haber precisado nuestros ideales y por su maravillosa plasticidad, ha sido la Constitución definitiva.

¶ Pero era necesario, antes de todo, hacer sonar la campana del triunfo de modo que se escuchara en todos los ámbitos del país y revelar lo que para muchos era el secreto de la revolución, pronunciando las palabras irreparables que anunciaban todo un programa de transformación y de lucha, encerrado en una simple fórmula legal. A Juárez, al Ministro de Justicia de la victoria liberal, tocó decir esa palabra en la ley que suprimió lo que había en los fueros eclesiástico y militar de más interesante, lo que constituía lo positivo y substancial de los privilegios de entrambas clases. Con la ley Juárez, adoptada luego por el Constituyente, el levantamiento popular tomó su carácter propio: fué una revolución, la que con la revolución de la independencia marca y señala la segunda etapa del pueblo mejicano en marcha hacia su destino.

¶ En dos años se complicó aquel magnífico drama con una tremenda lucha civil, con una Constitución lanzada en medio de la tormenta en nombre de Dios, símbolo de la nueva religión cívica izado como una bandera frente á la de los privilegios, á la de la tutela de la Iglesia, á la del pasado y del OBSCURANTISMO, como se acostumbraba decir entonces; se complicó con la vacilación patética del alma de Comonfort y con el golpe de Estado y el plan de Tacubaya,

y la reacción triunfante y la ascensión de Juárez al Calvario en que la ley había sido crucificada.

¶ El Vicepresidente de la República había dejado su gobierno de Oajaca en manos de los nobles colaboradores de su obra; pocos gobernantes han merecido al par de él el encomio que su sucesor, el ilustre Díaz Ordaz, hizo de Juárez cuando tuvo que dejar la magistratura de su Estado natal, que no debía volver á ver. La conspiración tramada por el Presidente contra la Constitución misma de que tomaba su origen, era un contrasentido tan manifiesto, que, á pesar de su puesto en el Ministerio, Juárez no pudo creer en ella: en la prisión despertó de su confianza y se preparó simplemente, sin volver una sola vez los ojos atrás, sin dudar un instante en obedecer á su conciencia, se preparó, decimos, á cumplir con su deber. Se había educado en este ejercicio á sí mismo; era un hombre de deber, fué el hombre del deber.

¶ Él, hombre civil por excelencia, al desaparecer Comonfort primero de la ley y luego del país, se vió envuelto en un torrente de bayonetas y cañones, organizando gobiernos en las etapas de un ejército que desconfiaba de sí mismo y de sus generales, perseguido por las columnas audaces de los más bravos y temerarios oficiales de la reacción triunfante, acorralado por las asonadas y las deserciones, desarmado por la derrota y colocado, por un grupo de pretorianos traidores, frente á frente de un pelotón de ejecución.

¶ La historia patria ha repujado en bronce un alto relieve en que aparece la eternamente impasible figura del Presidente, los ministros agrupados junto á él, los soldados tendiendo los fusiles homicidas, y el poeta, el Tirteo de la Revolución de Reforma, el gran rítmico que tendió su lira á todos los soplos de la naturaleza, á todos los gritos de la pasión, á todos los huracanes populares, el implacablemente olvidado Guillermo Prieto, conteniendo el crimen con un ademán sublime y acaso con el primer verso de un alejandrino épico:

¶ «SOLDADOS: LOS VALIENTES, LOS BRAVOS, NO ASESINAN.»

¶ Pero el episodio de Guadalajara fué un eslabón de una cadena de peligros, de vejaciones, de inquietudes atormentadoras... El caso era éste: los principios, los dogmas, como llamaban á las cláusulas fundamentales del credo reformista aquellos apóstoles y confesores, triunfarían de seguro; en ello tenían fe ciega, la fe que les dió el triunfo. Pero para afrontar la tremenda lucha, era preciso conservar un centro de cohesión á aquella flotante masa de energía liberal, que sólo podía endurecerse en la brega misma y á los golpes severos de la derrota, porque se trataba de aniquilar al antiguo ejército, más deseoso que nunca de pelear, mejor que nunca bien dirigido y que tenía por caja militar el tesoro de la Iglesia. Ese centro no podía ser más que uno, Juárez, Juárez mismo, porque en el naufragio de toda la legalidad constitucional, no había quedado más investidura que la suya, era la única que podía aparecer ante toda la República como bandera, la única semilla del futuro orden constitucional que la Constitución

misma prevefa. Poner esa investidura á salvo á todo trance, hacerla inexpugnable, era el deber rudimental del Presidente y sus consejeros. Así lo hicieron, por gran fortuna para la Patria.

¶ Pero antes de emprender su éxodo á Veracruz, Juárez quiso dejar organizada, por decirlo así, la lucha futura en el interior del país y se fijó en Degollado. Fué ese un acierto providencial : Degollado era un invencible; la derrota para él era un incidente pasajero; de sobre un montón de reveses acumulados sobre él por su falta de genio militar, por lo bisoño de sus tropas, por la indisciplina de sus jefes, él surgía con bríos mayores, con fe entera, y con un ejército nuevo (porque parecía que tenía ejércitos de reserva para el día siguiente de la derrota). ¿Á qué se debía esto? Á una de esas soberanas fuerzas morales que en las grandes crisis de la sociedad dejan de ser subterráneas y viven á la superficie en los mares removidos por el feroz conflicto de pasiones, intereses y creencias : esa fuerza, esa virtud, es el amor á una idea. Degollado lo poseía en grado excelso, en el grado del sacrificio, que era la temperatura normal de su alma. Eso explica el milagro de la improvisación de milicias á compás de la derrota, hasta organizar el ejército que otros más afortunados que él llevaron á la victoria.

¶ Cierto, no es posible pensar en este hombre de abnegación y sacrificio, que tuvo, MÁRTIR DE LA REFORMA, EL MONTE DE LAS CRUCES POR CALVARIO, como dijo Juan Mateos, sin lamentar que nuestra generación, la mía, la que ha sabido glorificar á los hombres de la Revolución y absolverlos de sus errores humanos, cuando los ha sorprendido realizando el propósito de darnos la patria que hoy tenemos, sin deplorar que no haya levantado en sus brazos, que empiezan ya á cansarse, el ataúd de Santos Degollado, y lo haya conducido entre palmas y cánticos é inciensos al lugar en que duermen nuestros inmortales, adonde resplandezcan reunidos por la devoción de los mejicanos los lares de la República. Encargamos á la generación que viene subiendo en pos nuestra, que corrija severamente nuestro olvido y desagravie á fuerza de admiración y respeto las grandes sombras que aun no ha cristalizado la patria en bronces ó mármoles impecederos.

¶ Juárez en Veracruz se mantuvo á la altura de la misión que se había impuesto; sólo con ser invulnerable desbarató moralmente á la Reacción; como entidad viable, la Reacción había desaparecido ya cuando sus ejércitos fueron aniquilados en Silao y Calpulalpam. Todo el esfuerzo del Presidente, admirablemente secundado por los caudillos liberales, aun á costa de tremendos sacrificios, como el que tuvo por desenlace la tragedia pavorosa de Tacubaya, todo su esfuerzo consistió en ser invulnerable, en permanecer, en durar; su carácter se prestaba admirablemente á esta función vital.

¶ La revolución era reformista, toda ella estaba animada por el aliento de la Reforma; á la cruzada católica que temerariamente predicaba el clero, respondía en las huestes, que suscitaba dondequiera el impulso de los reformistas, un

gran grito de emancipación anticlerical, antirreligiosa casi; el espíritu de Ocampo y Ramírez soplaba sobre aquel caos de sangre y ruina. Faltaban las fórmulas precisas, las que definieran los DESIDERATA del partido progresista en marcha, y Juárez, que no había vacilado un momento sobre esa necesidad, pero que se había reservado el escoger la oportunidad de satisfacerla, á mediados de 59 expidió el código que despojaba al clero de sus bienes, que disolvía las comunidades religiosas, que separaba el Estado de las iglesias, que instituía el matrimonio civil. Juárez, poniendo el sello de su autoridad á aquellas leyes que estudiaban y preparaban sus magnos colaboradores, les daba ser y vida; las hacía andar. ¶ Horrible pareció el atentado en el mundo reactor, y se sintió que en aquel inexplicable fratricidio que se llamó «la guerra de tres años», iba á llegar el momento de jugar el todo por el todo. La situación del Gobierno legítimo era tremenda : las derrotas de las tropas reformistas se sucedían sin tregua; verdad es que eran derrotas educadoras, pero aplazaban la solución indefinidamente, y el peligro de una intervención extranjera se alzaba gigantesco en el horizonte. Precisamente las escuadras de las potencias que dos años después debían firmar la convención en Londres, de que nacieron la Intervención y el Imperio, estaban en Veracruz, llenas, sobre todo la de España, de mala voluntad hacia el Gobierno Constitucional. La intervención europea, pedida sin tregua por el partido reaccionario, podía formalizarse de un momento á otro, y en la Habana se armaba ostensiblemente una expedición que debía contribuir á debelar el inexpugnable asilo liberal. Los americanos también velaban con sus escuadras, y sólo esto contenta á España y Francia; ellos también querían una intervención, pero más rápida, más pronta, organizar un ejército que, aliado ó no con el de los constitucionales, se apoderase de Méjico y restableciese el orden. El problema era formidable : aprovechar, contra todo lo que viniera del exterior, la decidida buena voluntad de los Estados Unidos; pero impidiendo que el Presidente Buchanan llevase á cabo su proyecto de expedición militar, sólo podía hacerse á costa de un enorme sacrificio. Éste consta en el tratado McLane : no era un tratado, porque, como sabían muy bien el Presidente y el Senado americanos, Juárez no tenía facultad para sancionar definitivamente los tratados. Pero era un compromiso : varios de sus artículos, ó prometen lo que á todos se concedía, ó establecen privilegios recíprocos, ó dejan el nacimiento de las condiciones en que los Estados Unidos podían poner en actividad su alianza, á la iniciativa de nuestro Gobierno; lo que significaba una amenaza muy grave para nuestra integridad nacional, era el condominio en Tehuantepec, y lo establecido en los arts. 6.º y 7.º Quienes tal cosa pactaban no nos obligaban legalmente á nada, pero preparaban un formidable conflicto para lo porvenir. Cierto; mas primero era SER; ó el aniquilamiento del corazón de la resistencia constitucionalista, y probablemente la protección europea y la monarquía, ó la preparación de una gravísima situación en nuestras relaciones con los Estados Unidos. Juárez y sus Ministros optaron resueltamente por esto, y los buques americanos desbarataron en la escuadrilla de Marín la última esperanza de los reactores para vencer la resistencia reformista.

☪ Unos con vehementísimos y lógicos análisis, otros con insultos infames, acogieron el pseudo tratado. La prensa, resplandor que todo lo ilumina, sombra que todo lo mancha y ennegrece; de donde parten todos los vuelos, los más altos, y en la que circulan todas las serpientes, las más capaces de envenenar lo más santo y lo más puro; la prensa levantó un inmenso clamor. Resonó la voz de ira del patriotismo, y se oyó en la tiniebla el rumor de la envidia de cascabel. El partido liberal, seguro de sus jefes y confiado en el porvenir, se solidarizó con los firmantes del tratado. Y aun ahora... Todos conocemos que fué un error, que fué una falta, que hubiera podido ser un crimen; todos tendríamos á honor compartir la responsabilidad que de este acto resulta... Y ninguno de nosotros vacilaría en sentarse en el mismo banquillo en que se sentasen acusados de leso patriotismo D. Benito Juárez y D. Melchor Ocampo. Ya lo veis, el instinto popular no se engaña; se pueden apurar los razonamientos y las retóricas y las frases armadas de punta en blanco; nadie creerá, en la nación mejicana, nadie, nunca, que Juárez fué un traidor á la Patria.

☪ ☪ ☪

☪ Al otro día del triunfo de la Reforma, la temida intervención apareció. Mientras toda la hez removida por tantos años de lucha flotaba en la superficie y lo obstruía todo, industria, comercio, seguridad, vida; mientras para dispersar para siempre los recursos del clero, se solicitaba el interés individual á fuerza de derroches y prodigalidades que dejaban sin la esperanza de una sola entrada importante las arcas públicas; mientras el ejército liberal, convertido en un gran cuerpo de policía, perseguía á las hordas que enarbolaban la bandera de la guerra civil, parte de la Europa monárquica, prevaleciendo de nuestra incurable debilidad, de la falta de brújula política y financiera de nuestro Gobierno y de la temerosa división entre los Estados de la Unión Americana que iniciaban una guerra íntima de colosales proporciones, tramó una conspiración para explotarnos, para protegernos, para someternos.

☪ Imposibilitados para esperar ayuda de ninguna parte, obligados á contar sólo con nosotros mismos, teniendo en contra la opinión de las clases despojadas de sus privilegios y de la porción social en quien el celo religioso apagaba el amor á la Patria, era imposible librar sólo á la fuerza física nuestra salvación; necesitábamos recurrir á la fuerza del espíritu para ganar tiempo, con el objeto de suscitar el patriotismo; de irrigar hasta por el último canal vivo de nuestra sociedad cansada, la savia de la fe, del coraje, del odio y del amor á la vez; de ganar tiempo para permitir á nuestra sola aliada posible recuperarse, vencer á los desmembradores esclavistas y hacer respetar por nuestros invasores el programa Monroe; y para ganar tiempo, urgía, aun á costa de gravísimas concesiones, nulificar la intervención y, si no se podía, neutralizarla y dividirla en todo caso. Prodigioso fué lo que entonces trabajó el talento nacional, estimulado por Juárez, que luchaba contra todo y contra todos. La disolución de la triple alianza

fué el primer resultado de nuestra diplomacia; el hacer estallar al pie de la confianza del ejército francés la gran mina de gloria del 5 de Mayo, que contuvo por un año la invasión y nos permitió confiar en nosotros mismos, fué el primer resultado de nuestra decisión cívica.

☪ Napoleón III (jamás diremos Francia), obstinado inconscientemente en facilitar, como los personajes de la tragedia antigua, el cumplimiento de su hado, se empeñó en su obra, mucho más nefasta para él que para nosotros, á quienes sirvió para transformar el programa de un partido en el credo de una nación. Gracias á la típica defensa de Puebla en 63, admirada hoy á porfía, se ganó otro año casi. Y cuando llegó nuestro primer gran desastre, el efecto en el país fué casi nulo durante muchos meses. Juárez, lejos de darse por vencido, suscitó la resistencia por doquiera; nuestros caudillos la organizaron, la sangre y el dinero de los invasores corrieron á torrentes; pero la República vivía, Juárez la representaba ante el mundo, el mundo lo veía, y cuando el gran drama imperial mejicano parecía llenarlo todo con su esplendor, bastaba la presencia de Juárez para hacer comprender que todo era efímero, que iba á pasar y á hundirse en no sé qué espantoso naufragio aquella barca de oro de príncipe artista que venía en pos de un poema y se encontraba con la faz de bronce de la tragedia clavada en su horizonte.

☪ Gracias á esta decisión, á este empeño de no ceder, de no aparecer cediendo nunca, cuando llegó la hora fatídica del fin de la guerra de Secesión, el coloso americano, que se irguió ante el gran atentado de Méjico, pudo decir: «la República Mejicana vive, ahí está.» Ahí estaba Juárez.

☪ Y entonces, para impedir la invasión de la inmensa masa armada americana que había quedado inempleada al día siguiente de la toma de Richmond, y para apresurar la retirada de los invasores, hubo necesidad, exangües y desarmados como estábamos, de buscar entre nuestros aliados naturales, armas, dinero y soldados, pero constituyendo todo ello ejércitos mejicanos sometidos á nuestro Gobierno. Por fortuna nada de esto necesitamos al fin.

☪ El programa que se había trazado Juárez desde el primer momento de la intervención, se cumplió entero, y, en sus manos, la espada de la victoria se tornó en la espada de la justicia. La República vencedora lo aprobó y sancionó sus actos con su voto, como en la República combatiente, en lo más tremendo de la lucha, había aprobado su resolución de permanecer en el poder, es decir, en el peligro, pero en la intransigencia y en la firmeza férrea ante el enemigo.

☪ ☪ ☪

☪ ¡Gran Padre de la Patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! Tu vida posterior no fué, no, indigna de tu gran época de luchador; hombre de gobierno, quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabidu-